

tividad de energía que había gastado Zimbo sintió como una pesadez grande en su cráneo.

Echó la cabeza hacia atrás y se desvaneció.

La canoa introdujose de nuevo en el remolino dió vueltas y marchó sin rumbo.

XVI

El «La Bourdonnais» uno de los más hermosos navíos de guerra de la flota francesa marchaba á lo largo de Madagascar en el canal de Mozambique.

Era un domingo y los marinos á quienes no llamaban para las necesidades del servicio estaban reunidos en el puente en pequeños grupos contándose historietas ó cantando canciones del país.

De repente un hombre gritó:

—¡Canoa á babor!

Hombres y oficiales se apresuraron.

Vieron entonces el extraordinario espectáculo de una canoa flotando á merced de las aguas y portadora de dos hombres inmóviles, una negra y una niña abrazadas y un perro en la proa.

Por todas partes se oían órdenes; el «La Bourdonnais» se detuvo; los botes fueron echados al mar.

Veinte marinos se lanzaron é inclinados sobre sus remos navegaron vigorosamente hacia la canoa.

Media hora después la habían remolcado hasta el buque.

—¡Quién va ahí!—exclamó el oficial.

—¡Francés!—respondió una voz afable que salía del fondo de la embarcación.

Los naufragos se pusieron en pié; se salvó desde luego á la negra y á una graciosa jovencita, cuyo rostro aparecía demacrado por largos sufrimientos.

Después se trajeron á dos heridos, de los cuales el uno negro y de gran estatura, parecía desmayado.

El comandante de «La Bourdonnais» cumplió con los deberes de humanidad.

Los sometió á interrogatorios y más tarde ordenó transportar á todos á la enfermería.

En presencia del médico de á bordo se desnudaron los dos heridos.

Al quitarse los vestidos el que se expresaba en lengua francesa, varios cuerpos duros y ásperos cayeron sobre la superficie.

El practicante de cirugía los recogió.

—¡Oiga! ¡diamantes!—dijo.

El médico se volvió.

—¡Deja eso, idiota, y ven á ayudarme á curar á este negrillo.

El «La Bourdonnais» cubierto por un pancho de humo, había vuelto á tomar el camino del Norte dejando atrás sus hélices un reguero de espuma.

SEGUNDA PARTE

UN DRAMA EN NEW-YORK

I

En París una tarde de Octubre de 1900, ó sea, doce años después de los acontecimientos que acabamos de relatar.

Era la hora en que en la gran capital las oficinas y los talleres cierran sus puertas, era la hora en que entre la bruma vaporosa de las tardes otoñales, las terrazas de los cafés se iluminan y la circulación aumenta grandemente; esa hora incierta en que no es de día ni tampoco completamente noche.

Indiferentes al movimiento de la multitud dos jóvenes, con las manos en los bolsillos y la nariz al aire daban paseos sobre el asfalto de los bulevares con ese paso indolente que constituye la especialidad del pí-saverde parisién.

De pecho acombado, la frente alta, la fisonomía muy acentuada y la merovingiana cabellera flotando al aire de los largos bordes de un fieltro flexible puesto hacia atrás de la cabeza; el ojo vivo, los labios continuamente sonriendo picarescamente, el primero de estos jóvenes aunque afectando dejarse llevar de las más fantásticas maquinaciones, guardaba en su interior un algo muy distinguido.

Pequeño, rechoncho, con saliente abdomen, el rostro rojizo, aunque imberbe, y el busto cubierto con una levita estropeada